

Los que creían estaban juntos y poseían en común todos los objetos (ACTA DE LOS APÓSTOLES, II, 44).

Pero Jesús les contestó: por la noche decis: Hará buen tiempo porque el cielo está enrojecido.

Por la mañana decis: Hoy habrá tempestad porque el cielo está sombrío y rojizo.

Sabéis, pues, reconocer lo que presagian las diversas apariencias del cielo y no sabéis discernir los signos del tiempo que Dios ha marcado (MATH. XXVI, 2, 3, 4).

Los que tomarán la espada, por la espada perecerán (MATH. XXVI, 52).

I

Un factor del camino de hierro Moscou-Kazan, destinado á pesar las mercancías en una estación de esa línea, me dijo un día que tuvimos una larga conversación, que los braceros que cuidaban de poner los bultos en la báscula, trabajaban treinta y seis horas seguidas sin descansar.

Tenía completa confianza en mi interlocutor, pero costábame dar fe á sus afirmaciones. Creí que se engañaba ó exageraba, ó que no compren-

día yo el sentido exacto de sus palabras.

Pero los detalles que me dió después acerca del modo de trabajar de aquellos desgraciados, no me permitieron ya dudar. Me aseguró que en el personal del camino de hierro Moscou-Kazan, había doscientos cincuenta braceros sometidos á tan terrible labor. Forman grupos de cinco hombres y se les paga á razón de 1 rublo, ó de 1 rublo 15 kopecks por mil puds de mercancías cargadas ó descargadas.

Llegan por la mañana, trabajan en la descarga todo el día y la noche siguiente, y luego, al salir el sol, van al muelle de la carga, y trabajan allí hasta la noche. Así, en el espacio de cuarenta y ocho horas, únicamente disponen de una noche para dormir.

Su trabajo consiste en remover bul-

«Habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente,» es decir, os han enseñado á usar la violencia contra la violencia. «Pero yo os digo: si alguien te pega en la mejilla derecha, preséntale la otra,» es decir, sufrid la violencia pero no la uséis jamás. Sé que estas sublimes palabras, igualmente desnaturalizadas por los comentarios caprichosos de liberales y sacerdotes, harán nacer en la mayoría de las gentes que se creen instruidas tales prevenciones contra el libro al que sirven de epígrafe que, sin duda, no lo leerán. Sin embargo, las inscribo á la cabeza de estas páginas.

No puedo impedir que los hombres que se creen inteligentes, vean en la enseñanza evangélica una doctrina anticuada y hartamente manoseada para servirles de regla de conducta en la vida. Mi tarea se limita á declarar el

manantial de donde recogí el conocimiento de una verdad que la humanidad está lejos de advertir todavía. Y cumplo mi tarea.

28 Junio 1900.

tos que pesan de 7 á 10 puds cada uno. Dos hombres del grupo cargan los fardos sobre la espalda de los otros tres, que los transportan... Cumpliendo tal trabajo, gana cada uno algo menos de 1 rublo cada cuarenta y ocho horas. Trabajan sin descanso, así los domingos y fiestas como los otros días.

Aquella relación detallada no me permitía dudar; pero, deseando comprobarla por mí mismo, fuí un día al muelle de carga y descarga. Allí encontré al factor, á quien declaré que quería comprobar la exactitud de sus palabras.

—Debéis comprender,—le dije,—que es una cosa increíble.

Sin contestarme, se volvió hacia una garita que estaba cerca de nosotros.

—Nikita,—gritó;—ven acá.

BIBLIOTECA "RODRIGO 'DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Salió un obrero de la garita. Era alto, delgado, vestía una blusa desgarrada.

—¿Cuándo empezaste el trabajo?

—¿Cuándo?... Ayer mañana.

—¿Dónde estabas la última noche?

—Aquí, pardiez, para descargar las mercancías.

—¡Cómo! ¿trabajáis también por la noche?—pregunté yo entonces.

—¡Toma! Ya lo creo...

—Y hoy, ¿á qué hora llegasteis aquí?

—Pues... por la mañana.

—¿Cuándo dejaréis el trabajo?

—Cuando se nos despache.

Cuatro obreros se acercaron á nosotros. Formaban con el primero un mismo grupo de descargadores. Ninguno llevaba abrigo. Vestían todos blusas desgarradas, á pesar de

que marcaba el termómetro veinte grados bajo cero.

Al ver que les interrogaba acerca de los detalles de su existencia, parecieron sorprendidos de que tomase tal interés por las treinta y seis horas de trabajo, pues por su parte aquello les parecía muy sencillo y natural.

Todos eran labradores emigrados. La mayoría descendían de mi país, del gobierno de Tula; algunos eran de los gobiernos de Oriol y de Voronje. Todos esos desdichados habitaban en Moscou. Hay algunos que viven con sus familias, pero casi todos solos; y éstos envían el fruto de su trabajo á sus familias que permanecen en el pueblo.

Comen por regla general en las casas de huéspedes donde duermen. Su alimentación, compuesta siempre de carne, pues no observan la cuaresma,

cuenta á cada uno 10 rublos por mes.

En realidad, trabajan más de treinta y seis horas, pues por lo menos necesitan media para ir á la estación y volver á su casa, y además, porque, muy á menudo, se les hace trabajar un ratito más de lo estipulado. Y por este trabajo espantoso de treinta y siete horas sin interrupción, reciben 25 rublos al mes, de los cuales hay que deducir el importe de la comida.

—¿Por qué hacéis este trabajo de presidiarios?—les pregunté.

—¿Qué queréis, pues, que hagamos?

—¿Es absolutamente necesario que trabajéis durante treinta y seis horas sin descanso? ¿No podríais arreglaros de modo que quedara un gran espacio de reposo entre las horas de trabajo?

—Se nos imponen tales condiciones.

—¿Por qué las aceptáis?

—¿Por qué?... Es preciso comer. Si uno se queja, ¡jea, fuera! Si uno se retrasa una hora, se le ajusta la cuenta. No se apuran por tan poca cosa. Tienen diez solicitudes para cada plaza.

Todos los que me hablaban así eran jóvenes. Solamente uno parecía tener más de cuarenta años. Tenían el rostro demacrado, fatigado, y la mirada apagada de los bebedores. El primero con quien hablé, me admiraba sobre todo por el extraño cansancio que leía yo en sus ojos. Le pregunté si había bebido.

—No bebo,—me contestó.

Había contestado sin reflexionar, como contestan siempre á tal pregunta los que no son bebedores.

—Tampoco fumo,—añadió.

—¿Y los otros, beben?

—Sí. Se traen aguardiente.

—El oficio es muy duro. Es preciso recobrar las fuerzas,—explicó el de más edad, que estaba embriagado, pero que lo disimulaba perfectamente.

Después de haber hablado con aquellos obreros, me separé de ellos, y pasé al muelle de descarga.

Caminando á lo largo de las hileras de bultos, llegué junto á un grupo de hombres que empujaban lentamente un vagón cargado. Cambiar de sitio los vagones, limpiar los muelles y quitar la nieve, son otras tantas faenas que los obreros, por una cláusula de su contrato, deben cumplir gratuitamente.

Los que estaban ahora ante mí, iban tan haraposos como los prime-

ros. Al ver que se detenían después de haber colocado los vagones en el sitio requerido, me acerqué y preguntéles á qué hora habían empezado á trabajar y á qué hora acabarían.

Me contestaron que trabajaban desde las siete, y que acababan de comer. Las necesidades del servicio impidieron, sin duda, que se les despachara antes.

—Y ahora, ¿cuándo os dejarán descansar?

—No lo sabemos... A veces trabajamos hasta las diez.

En aquella contestación, dejaban entrever una especie de altivez por la resistencia que demostraban.

Viendo que me interesaba por ellos y tomándome, sin duda, por el director, me rodearon y muchos hablaban á la vez, exponiéndome sus quejas.

Se quejaban sobre todo de las pe-

queñas dimensiones de la sala, donde, después de las fatigas de la jornada y antes de comenzar el trabajo de noche, se les permitía calentarse, y á veces hasta echar un sueño de una hora. Todos protestaban vivamente contra la estrechez de aquel asilo.

—Somos ciento por lo menos, que debemos amontonarnos allí. Muchos no encuentran ni un rincón en qué tenderse... Es verdad que podemos ponernos bajo la cama de tablas, pero es muy estrecho aquello,—decían varias voces descontentas. Venid á verlo vos mismo, está á dos pasos.

Decían verdad. La sala á qué me llevaron no era nada espaciosa. A lo sumo mediría diez archinas de largo, y apenas cuarenta hombres podrían tenderse sobre las banquetas que estaban adosadas á las paredes.

Algunos obreros entraron conmi-

go. De nuevo empezaron las recriminaciones.

—Ya lo veis; bajo las banquetas no hay manera de estirar los miembros.

Aquellos hombres, que sufrían sin abrigo de pieles un frío de veinte grados, que durante treinta y siete horas se encorvaban bajo cargas de 10 puds, y que, padeciendo hambre, debían esperar que á sus jefes se les ocurriese darles un instante de reposo; aquellos hombres cuya existencia era mucho más pesada que la de las acémilas, se quejaban únicamente de que se les ofreciera un lugar de descanso demasiado estrecho. Al principio me admiré, pero reflexionando más sobre su triste situación, comprendí cuán atroz debía ser la desesperación de aquellos infortunados, que transidos de frío, extenuados por

la intensidad de un trabajo abrumador, deseando reposo y bienestar en una atmósfera templada, sólo encontraban un espacio obscuro, bajo una banquetta, y debían penetrar allí, arrastrándose por el suelo lleno de inmundicias, y una vez dentro, acurrucarse en una posición tan incómoda que aumentaba la fatiga de su cuerpo y respirando un aire contaminado que acababa de consumir su vigor.

Entonces, mientras buscaban en vano sueño y reposo, el sufrimiento les revelaba todo el horror de aquel trabajo de treinta y siete horas, que devoraba su existencia. Por tal motivo, la exigüedad de la sala cesaba de ser para ellos una circunstancia relativamente insignificante de su vida mísera, y se convertía, por lo contra-

rio, en la causa principal de su descontento.

Después de haber observado algunos otros grupos é interrogado á otros obreros, que repitieron lo dicho por los primeros, volví á mí casa convencido de que el factor no había exagerado los hechos.

Desgraciadamente era verdad que por una corta suma que les da apenas los medios de alimentarse, hombres que se creen libres, se condenan á un trabajo que el amo más cruel, en tiempo de la servidumbre, no habría impuesto á sus esclavos. Hasta un cochero de punto se guardaría de someter á él á su caballo, pues éste vale dinero, y sería insensato abreviar por un trabajo excesivo de treinta y siete horas la vida de un animal tan precioso.